



Me vestirán con cenizas
ANA MARTÍNEZ CASTILLO
Huelva, Versátiles, 2019, 50 pp.

reseña de Paula Fernández Villalobos

Ana Martínez Castillo (Albacete, 1978) nos muestra en su tercer poemario una serie de composiciones envueltas en cenizas. Unas cenizas que nos acechan y nos adentran en su desasosiego hipnótico, que representan las heridas de «lo que no fuimos» (p.35), la «eternidad que nos sobreviene» (p.26). Una pléyade de surrealismo, fantasía y elementos grotescos como saliva, orina, esperma, abortos y putrefacción construyen un universo donde reina la otredad, la soledad y el dolor: «Solo soy un recuerdo hiriente / Solo soy una esquirola de algo que caduca» (p.26).

La autora nos describe una atmósfera infinita, con una vastedad que asfixia y encarcela al yo en un limbo de irrealidad que se encuentra vacío: «Cosas que se tuercen, que se asfixian, que se deforman, que te sacan del cuerpo una tarde» (p. 16); «y la locura está ahí, tosiendo. Y la locura está ahí, siendo un regalo» (p. 21); «Hablaron de formas de vida lisérgica, / de seres abrazados de manera prensil a plumas y visiones, / organismos repletos de semillas, alambres, roturas» (p. 37). No nos sorprende este tipo de escenarios distópicos y enrarecidos en la poesía de Martínez Castillo, pues ya se nos aventuran previamente en *Bajo la sombra del árbol en llamas* (2016) su primer libro de poemas, en el que unos versos de arraigo simbolista originan imágenes de profunda intensidad poética, cargadas de goticismo, oscuridad y una nostalgia achacosa hacia el pasado y la fugacidad del tiempo.

En consonancia a esto, la ausencia de

toda memoria y certeza: «Olvídate del case-río, de la voz del perro, olvida que atardece a destiempo, que llega la noche en los días impares, deja a un lado el hecho de que tú respiras, añoras, arrancas del árbol el fruto» (p. 15), se erige como un aliciente imprescindible para poder habitar un mundo de feísmo que poco importa si es real u órfico: «la implacable belleza del llano, el frío que ensordece, me golpea» (p.22); «la noche tenía fluidos, humedades, múltiples crímenes secretos» (p.40).

La verdadera muerte es conformarse con vivir una única vida. Por eso la voz poética celebra el atreverse a asomarse a un destino que no es el propio, explorar, estirar los límites vitales para salir del nicho y comprobar que lo único que nos entierra es la incertidumbre, el miedo: «Celebremos el pecado, el salvaje lecho, el bautizo de / cianuro y escarcha» (p. 33); «Seremos al fin lo que no fuimos» (p. 35). Es en este momento cuando la muerte adquiere un sentido sacro y sanador: «Y fue la muerte ceremonia» (p. 40). No importa lo que fuimos, tampoco lo que seremos, al fin y al cabo, es algo que «nadie lo recuerda» (p. 49). Tarde o temprano «prevalece el frío» (p. 49), no existe en el mundo mayor certeza. Dejar atrás el temor, «creer, de una vez por todas, que es real eso que dicen, que es real el paraíso, sus vitrales, que es celeste el nicho y abarcable todo lo secreto» (p. 47), es el abrazo más cálido que Martínez Castillo nos puede ofrecer dentro de esta gélida realidad.

De hecho, los poemas «Eternidad»,

«Eternidad dos», «Eternidad tres», «Eternidad cuatro», «Eternidad cinco» y «Eternidad seis» nos advierten de la finitud de la existencia, de «la eternidad que nos sobreviene» (p.26), ese misterio que envuelve nuestro tiempo y que nos invita a morir olvidando «la muerte inflexible que nos pesa» (p.32). Esta temática también aparece en su segundo poemario, *La danza de la vieja* (2017) donde la muerta acecha a una niña y una anciana que bailan para seguir sintiendo la vida fluir. Sin embargo, en esta nueva entrega Martínez Castillo va más allá, presentando la vida como un castigo para el que la muerte es la única de las salvaciones posibles: «Olvida el tiempo que pasaste viva» (p.15). Esta pérdida conforma, ciertamente, la esplendidez de la obra, ya que Martínez Castillo logra trazar en unos versos mayoritariamente prosaicos, una dolencia universal que nos asola a todos. Frente a esto, la aceptación elegiaca de la nada que algún día nublará nuestra vista, es lo que consigue, irónicamente, hacernos seguir adelante: «Encontré la certeza [...] y tuve que esforzarme, / tuve —despacio— que reducirla a cenizas» (p.23); «Y vas a la muerte y escribes la muerte y deliras la muerte y deseas la muerte que no moriste, la que no te dieron, la muerte afilada en la noche turbia, la muerte de vidrio que nombras en metáforas, la muerte de mentira que habita ridículamente estos versos» (p.24).

A pesar de este deambular decadente por una temporalidad en ruinas, la poeta pretende transmitirnos un pequeño hito de esperanza que nos llega poco a poco en sus versos como un rumor —apenas audible— susurrado por los labios fríos de un coro fúnebre que carga sus composiciones de ritmo e intensidad. El *Carpe diem*, la máxima latina más celebrada en nuestros días por antonomasia, se intuye de forma latente en la poesía de la escritora manchega: «pocas veces fui parte de las cosas, eso también se paga» (p.19); «Quisiste morir con el carmín puesto, morir siendo duda» (p.24), que no solo nos anima a celebrar nuestro destino último, sino a vivir

sin inquietudes, despojados de toda carga: «porque estoy/ estamos/ estás muerto, / tú también muerto para siempre, / y jamás lo hubieras imaginado» (p.41). Olvidar la falta de respuestas es, por ende, esa necesidad imperante para poder asumir la realidad que Martínez Castillo nos plantea, lo que, del mismo modo, nos permitirá disfrutar de los minutos presentes.

La obra culmina con el poema «También», que como un halo de luz ilumina al sujeto lírico a modo de epifanía existencial: «Vendrán los que me quisieron y sabrán que mi cuerpo está dentro, que mi cuerpo es rehén de la lluvia, que soy recuerdo, que también yo soy recuerdo, memoria, página, retrato que amarillea en un muro / Vendrán, / y se marcharán hasta que sus nombres reposen junto al mío» (p. 50). Es una cuestión de tiempo que pase el tiempo. Y es entonces cuando, sin excepción, todos serán, todos se vestirán con cenizas. Así pues, *Me vestirán con cenizas* constituye un poemario que se viste de luto, ornado con un imaginario magnético, onírico y fantástico que abarca la muerte en toda su crudeza. Un libro altamente recomendable que no dejará indiferente a la poesía española contemporánea.